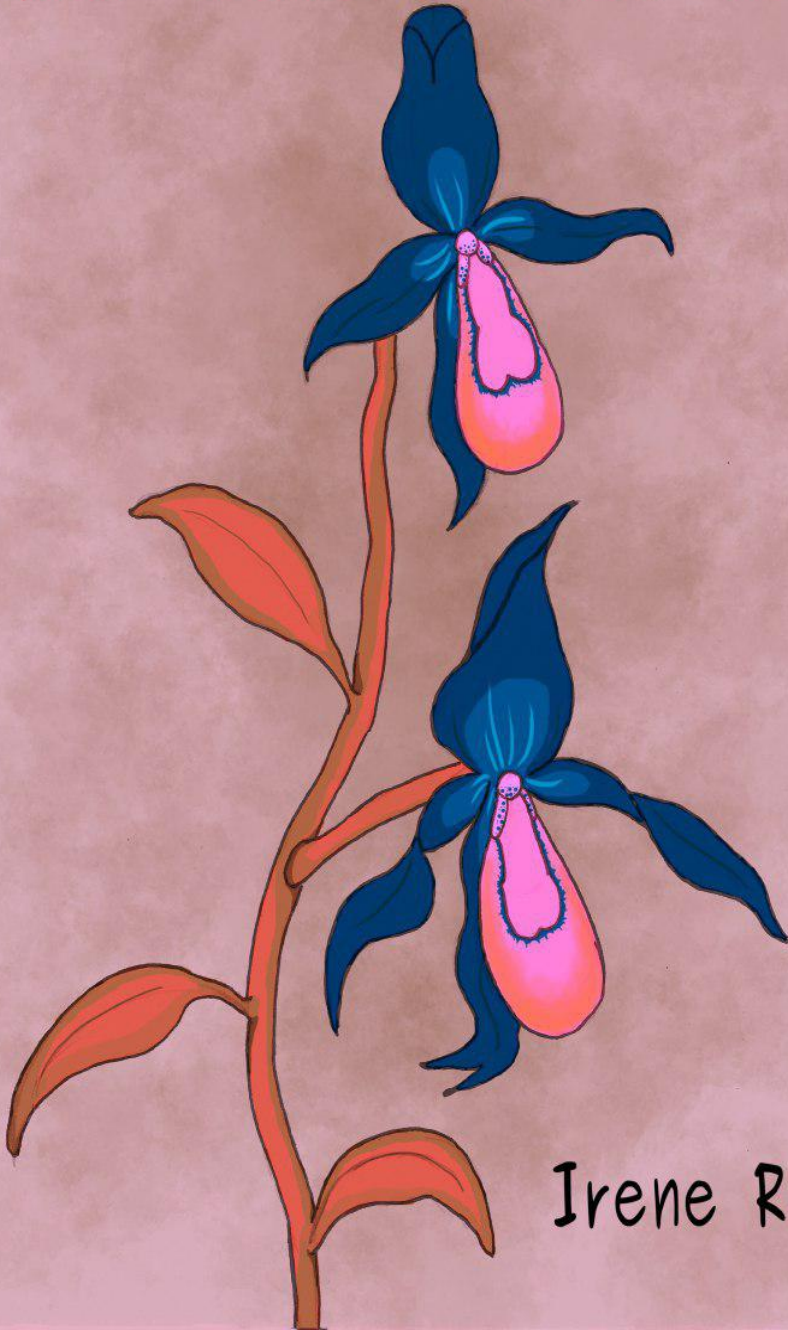


# VERDE

El mal tiene muchas formas



Irene Robles



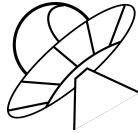


VERDE  
El mal tiene muchas formas



# Verde

El mal tiene muchas formas



Irene Robles

Primera edición: diciembre 2018

©Derechos de edición reservados.

Irene Robles Martínez

[www.irenerobles-scifi.com](http://www.irenerobles-scifi.com)

Relato.

Fantasía, terror.

Edición: Irene Robles Martínez

Diseño de portada: Miguel Ángel Fernández

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

Julie miraba fijamente a los ojos de la Dra. Malboine, concentrada. Esos ojos marrón claro detrás de unas gafas de pasta de color salmón. A Julie no le gustaba el pescado, tan solo el recuerdo de esos peces grandes de ojos saltones en los puestos del mercado, con la boca abierta, inertes, le daba angustia. Sabía que si miraba con atención descubriría unos matices verdosos, concentrarse en ellos la calmaba. Matices verdes, color verde, verde esperanza, verde como la hierba que crecía en el jardín de su antigua casa, esa casa que no pisaba desde hacía años, años en los que se había quedado en la ciudad, y desde hacía unos meses, cerca de la Dra. Malboine. Ella la miraba a su vez, a través de esas gafas de color salmón, en silencio. Se volvía a ir por las ramas. Recondujo sus pensamientos al color verde.

—¿Tengo algo en la cara? —Preguntó la doctora al fin.

—No.

—¿Entonces qué te pasa?

—Verde.

—¿Qué es verde? —insistió, intentado que Julie formara alguna frase y no solo hablara con una palabra cada vez.

—Verde es mi color.

Julie estaba sentada con la espalda recta y las piernas juntas en un sofá de tres plazas. Era de color gris claro, el respaldo era alto, por lo que si quisiera podría apoyar la cabeza, y los reposabrazos eran rectos y duros, así que Julie mantenía sus brazos a los lados, apoyados en su regazo y con las manos juntas. La finalidad de ese sofá no era precisamente la comodidad. A pesar de que le gustaba el color verde, siempre solía vestir de oscuro, como si siempre estuviera de luto. Llevaba un vestido negro que le cubría las rodillas, unas medias oscuras y unas botas claras. Su pelo, también oscuro, estaba recogido en una coleta que descansaba sobre su hombro izquierdo. La Dr. Malboine estaba enfrente de ella, con la diferencia de que su sillón parecía algo más cómodo. El respaldo era más bajo, quedando a la altura media de la espalda, pero el asiento y los reposabrazos eran mullidos. La doctora llevaba una camisa blanca y unos pantalones vaqueros. Sus piernas estaban cruzadas y en las manos sostenía unas fichas.



Nada más había en ese cuarto salvo una ventana cubierta con un visillo de color crema y una mesita alta con dos vasos de agua, a un lado entre las dos mujeres. A la Dra. Malboine no le gustaban las distracciones. Sus sesiones eran de una hora y sabía la facilidad con la que se podía perder el tiempo si sus pacientes se quedaban mirando los cuadros o sus títulos colgados en la pared, los muebles o cualquier elemento en las estanterías o las mesas. Sin embargo, Julie había encontrado algo en sus ojos, ese color verde que siempre nombraba y como eso no era algo de lo que pudiera prescindir, la dejaba divagar en ellos un rato. Aunque pareciera contradictorio, era el tiempo que necesitaba para concentrarse.

—¿Qué ves aquí? —Preguntó la doctora, levantando una de las fichas que tenía en las manos.

—Un cactus.

—¿Y aquí? —Cambió de ficha.

—Una manzana.

—¿Qué me dices de esta?

—Algas marinas.

—Bien. . . —Murmuró la doctora.

La Dra. Malboine pasó las tres primeras fichas al final del montón, dejando a mano las que todavía no había enseñado a Julie. Ella seguía en la misma postura y había vuelto a detenerse en sus ojos, tan solo había bajado la mirada para responder a sus preguntas.

—Julie, ¿qué me dices de los colores?

—El cactus es verde, la manzana verde, las algas verdes.

—De acuerdo.

Se quedaron en silencio de nuevo y Julie volvió a centrarse en los ojos de la doctora. Su rostro era inexpresivo. Los ojos de la propia Julie eran de color marrón anaranjado, color fuego, como solía decir ella. Junto a su ojo derecho había una cicatriz. Su piel de por sí era pálida, resaltaba con su pelo oscuro y con la ropa que se ponía, a juego con su cabello. Pero desde hacía unos meses se había vuelto más pajiza,

luctuosa, como si la sangre se hubiera secado en sus venas y no le diera la vitalidad que merecía una joven de veinticinco años.

—¿Por qué estás aquí, Julie? —La expresión de la joven cambió. La doctora había encontrado la pregunta que posiblemente cambiaría sus respuestas.

—Ya se lo conté una vez.

—Quiero volver a escucharlo. Contar lo sucedido ayuda a superar los traumas.

—Mi hermana está muerta —dijo Julie.

—Eso lo sé. ¿Por qué no me cuentas algo más? ¿Qué fue lo que pasó?

—Simplemente desapareció, dejó de ser ella.

—Desaparecer no es algo simple, Julie. Cuéntame. Tómate tu tiempo. La sesión acaba de empezar.

Exacto, la sesión, pensaba Julie. Eso era lo único que le importaba a esa mujer. Pasaba una hora y ella ganaba dinero, pasaba otra hora y ganaba más dinero. Ganaba lo mismo si le contaba toda su vida o si dejaba pasar el tiempo en silencio. Lo que tenía valor era su tiempo, tiempo que su hermana ya no tenía. Pero Julie no lo decía en voz alta, nadie la obligaba a ir a esas sesiones. Había visitado a varios médicos, pero parecía que tan solo había encontrado lo que buscaba en la Dra. Malboine. ¿Qué importaba si se lo contaba? Para ella no sería más que otra demente. El problema era ella misma, tener que rememorar y explicar lo que había pasado una vez más. No era agradable, nunca acababa bien.

—¿Julie?

—Vale —respondió sin pensar—. Se lo contaré —la doctora simplemente asintió.

\*

Sucedió hace algo más de diez años. Yo tenía unos catorce y mi hermana dos más que yo. Nos llevábamos muy bien. Vivíamos con nuestro padre en una casa de campo rodeada por un jardín de hierba verde y abundante. Nos gustaba dedicarnos a la jardinería, a cuidar las plan-

tas, mantenerlo todo limpio y ordenado, mantener la vida y el color que le daba a nuestro hogar.

Mi hermana se llamaba Ann. Después del colegio, nuestro padre nos regañaba por estar tumbadas en la hierba en lugar de hacer las tareas. Pero ella era muy lista, por las noches hacía sus deberes y los míos antes de irnos a dormir. Yo prácticamente no tenía amigos, solía juntarme con algunos compañeros de clase, pero en los recreos siempre iba a buscar a mi hermana. Era mi hermana mayor y mi mejor amiga.

Sin embargo, conforme el curso avanzaba, yo me sentía cada vez más sola. Había conocido a un chico de su clase, se gustaban y pasaban mucho tiempo juntos. En los recreos y también por las tardes. Durante los ratos libres en el colegio me quedaba sola, y por las tardes, o bien venía él a casa para hacer los deberes juntos o bien Ann hacía ir y venir a nuestro padre para llevarla y traerla de la ciudad. Ya no tenía tiempo para estar conmigo.

Cuando George venía a casa, yo intentaba quedarme con ellos en la habitación de Ann con la excusa de hacer los deberes juntas. Le decía que necesitaba su ayuda, que no entendía las lecciones, pero ella me echaba de allí y cerraba la puerta. La puerta de su habitación siempre estaba cerrada. Una vez intenté abrirla, pero el pestillo estaba pasado. Escuchaba ruidos y susurros, sabía que estaban allí dentro e imaginaba que no estaban haciendo los deberes.

Ann empezó a sacar malas notas a pesar de tener la excusa de que siempre estaba haciendo los deberes y estudiando con George. Yo, por el contrario, empecé a sacar mejores notas porque no me dedicaba a otra cosa, no me gustaba estar sola en el jardín y pasaba más tiempo en mi habitación. Nuestro padre no tenía tiempo para dedicarlo al jardín, confiaba en nosotras para eso, pero ya nadie se encargaba. El color verde de la hierba perdió intensidad y empezó a secarse. Se secaba como la relación entre Ann y yo.

Tras recibir el primer boletín de notas, nuestro padre me felicitó por los resultados y me premió con un detalle: me regaló una hortensia de pétalos azules. En cambio se enfadó con Ann y la castigó: dejó de llevarla a casa de George. Él venía de vez en cuando a nuestro campo, siempre que nuestro padre se ausentaba. No estudiaban. No salían de la habitación. Por mucho que intentara apartarme de su lado, yo siempre estaba por allí. Añorando su compañía, nuestras charlas, nuestra vida juntas. En muy poco tiempo ella había cambiado demasiado.

Ann y George hacían el amor. No quería pensar en ello, pero lo hacía. Estaban siempre juntos, no se cansaban el uno del otro, habían descubierto una forma placentera y excitante de conocerse. Por aquel entonces yo pensaba de otra manera y, a pesar de la edad que teníamos, creí que acabarían casándose. Si te acostabas con un chico era porque era importante para ti, porque le amabas y pasarías el resto de tu vida con él. Era lo que Ann y yo siempre habíamos pensado, lo que habíamos hablado en confianza y con risas nerviosas ante la idea de estar con un chico. Pero nunca habíamos estado con uno, así que quizá nos equivocábamos. Mientras ellos estaban juntos yo me escondía entre los cojines de mi cama o entre las páginas de los libros. Una tarde escuché que se abría la puerta de su habitación. La curiosidad me hizo abrir la puerta con cuidado, sigilosamente, no quería que descubrieran que estaba allí, que les escuchaba. George salió de la habitación y se dirigió hacia el baño. Tenía el pelo corto y moreno, bien cortado y arreglado, pero no fue en eso en lo que puse mi atención. Lo vi desnudo, su pecho con apenas pelo, sus piernas y brazos fuertes y su miembro colgando firme entre las piernas. Aguanté la respiración para no hacer ningún ruido. Pero fue inútil. Un minuto después, George empujó mi puerta, que no me había dado tiempo a cerrar, me cogió del cuello y me apoyó con fuerza contra la pared. Nos quedamos mirándonos a los ojos, los suyos tenían un pequeño matiz de color verde. Su expresión era seria y agresiva, sentí miedo. Pensaba que me iba a estrangular. —¿Nos estás espiondo? —Preguntó con la voz grave de un adolescente. Nunca le había oído hablar. Yo puse mi empeño en negar con la cabeza, porque mi intento de hablar era infructuoso. Había pegado su cuerpo al

mío para intimidarme y sentí su pene duro contra mi pierna —. Bien, porque no me gustaría que estuvieras espiando. Tu hermana y yo estamos ocupados.

George me soltó y sin que ninguno de los dos dijera una palabra más salió de la habitación. Me quedé ahí paralizada y no moví un músculo hasta que escuché que se cerraba la puerta de la habitación de Ann. Instintivamente me llevé las manos al cuello dolorido y me senté en la cama. Miré mis pantalones y vi una mancha oscura y redonda que había dejado George al apoyarse. Me temblaban las manos. Tenía que salir de allí, así que cogí la hortensia que me había regalado mi padre y salí al jardín. La amenaza del novio de mi hermana me animó a salir de mi habitación. Al llegar al jardín me di cuenta de lo descuidado que estaba, otro signo más de la ausencia de Ann.

Decidí buscarle un lugar especial a la hortensia de pétalos azules y la trasplanté. La regaba y la cuidaba con mimo, con el cariño que antes había profesado a Ann. Anocheceía y empezaba a hacer frío, pero al mirar hacia la casa veía que George seguía allí, a través de la ventana, por lo que reprimía mis ganas de entrar. Le tenía más miedo a él que a la noche oscura. Él siempre se marchaba antes de que nuestro padre volviera, por lo que él nunca se enteraba de nada.

Llegó el invierno y enfermé. Había pasado de estar encerrada en mi habitación a no querer entrar en la casa. Los días que George no podía venir respiraba tranquila, pero aún así me dedicaba al jardín. Había provocado en mí un rechazo hacía sí mismo y hacia mi hermana. Ahora era yo la que no quería hablar con ella, no entendía que pudiera estar con esa persona, que me ignorara y descuidara nuestra relación como lo había hecho con el jardín. Sin embargo, en el fondo de mi corazón la quería y la echaba de menos, así que un día que estábamos solas reuní el valor para hablar con ella.

—Ann, ¿cómo estás? ¿Te apetece que nos tumbemos en la hierba? La he estado cuidando y luce brillante otra vez.

—No, no quiero salir —respondió fríamente.

—¿Estás bien? ¿Quieres que hablemos? —Dije tímidamente. Jamás había tenido vergüenza de preguntarle o hablar con ella, pero parecía que había adquirido el carácter seco y estúpido de su novio.  
—Estoy ocupada, Julie. Déjame en paz.

Se me humedecieron los ojos pero, antes de salir de la habitación, no pude evitar decirle todo lo que pensaba, le reproché su actitud de los últimos meses y le conté lo sucedido con George. Ella no me creyó, me gritó, me dio una bofetada y me echó de la habitación. Salí corriendo al jardín...

\*

Julie estaba llorando, se había encogido y su cuerpo se contraía con el llanto. Se había llevado las manos a la cara, escondiéndose detrás de ellas, escondiéndose del mundo. La Dra. Malboine contrajo los labios. Se reajustó las gafas y trató de disimular mirando hacia la ventana, tratando de esconder también lo que le estaba haciendo sentir el relato de Julie.

—No hace falta que sigas. Es muy duro para ti y...

—¡Sí, sí que hace falta! —Gritó Julie, había levantado la cabeza y volvía a mirar a la doctora directamente a los ojos, con esos ojos suyos de color fuego, más intenso que antes—. Usted ha insistido y le contaré la historia hasta el final.

Esta vez fue la Dra. Malboine la que se quedó mirando a Julie a los ojos. Parecía hipnotizada por esa mirada incendiada de rabia y dolor.  
—Esta bien —dijo la doctora—. Habías dicho que te habías puesto enferma.

—Sí.

\*

Después de que Ann me pegara salí al jardín y estuve tres días sin entrar a casa. Era invierno y en el campo hacía mucho frío. Me resfrié,

tenía una tos muy fuerte y no me bajaba la fiebre. Nuestro padre estaba muy preocupado por mí, me llevó al médico en varias ocasiones, me recetaron medicamentos y reposo, y sobre todo, estar a cubierto, en un ambiente cálido y cómodo. Pero al volver a casa yo me negaba a entrar, me sentaba en un banco y él me cubría con todas las mantas que podía. Lloraba delante de mí, me preguntaba una y otra vez por qué no quería entrar, necesitaba saber qué me pasaba, quería que me recuperase, que volviera a ser la de antes. Yo no decía nada, él me cuidaba y me alimentaba, me forzaba a tomar la medicación, resignado. Yo no decía ni una sola palabra, pero él sabía que todo esto lo había provocado el cambio de actitud de Ann. De forma consciente o inconsciente había sido ella. Él conocía la relación que teníamos y cómo había prácticamente desaparecido en los últimos meses.

Nuestro padre se separó de mí y entró en la casa. Yo no quería hacerle daño, no quería que pensara que le ignoraba o que no le quería. Simplemente es que no podía decir nada, era incapaz. Era como si el bofetón que me había dado mi hermana me hubiera afectado a la voz. Los primeros días se me había enrojecido la mejilla, y con el tiempo desapareció el rastro de su enfado. Era yo la que debería estar enfadada, no ella. Y lo estaba, pero no solo era enfado, era rabia, era decepción, era dolor, y a la vez, era esperanza de que mi hermana siguiera siendo mi hermana. De que estos meses fueran una pesadilla que en algún momento acabaría. George era un monstruo. La había atrapado, la había hipnotizado para conseguir lo que quisiera. No sé si entre ellos había algo más que esos encuentros en su habitación, si se querían, si había amor. Si entre los dos había algo que solo como pareja podían compartir y nadie más podía saberlo. Pero para mí George era un monstruo.

Con el tiempo empecé a sentir un bulto donde mi hermana me había golpeado. Jugueteaba con la lengua por dentro de la boca. Otras veces había tenido llagas y, a pesar de la molestia que producen para hablar o comer, sentía placer al rozarlas con la lengua. Era un mal vicio que tenía al sentir algo raro, pero a la vez blando y rugoso dentro de la

boca. También lo estaba toqueteando cuando mi padre fue a hablar con Ann. Discutían, los escuchaba desde el jardín. Él le reprochaba que había cambiado mucho en muy poco tiempo, que me había descuidado, que yo estaba enferma por su culpa, que ese chico no era una buena influencia y que si quería recuperar y mantener la vida que tenía antes de conocerlo, antes o después tendría que acabar con la relación. Ella se puso furiosa, le espetó que amaba a George, que era buena persona, que todos estábamos en contra de su relación, que yo estaba celosa y que era una niña mimada que ahora tenía que vivir por mi cuenta. Dejé de prestarles atención cuando la puse toda en el bulto de mi boca, cada vez lo sentía más duro. Sí, había algo duro y puntiagudo. La satisfacción que sentía al rozarlo se estaba convirtiendo en dolor. Dejé la lengua quieta y me metí un dedo en la boca. La zona afectada estaba más húmeda de lo normal. Saqué el dedo y estaba completamente rojo, estaba sangrando. Sangraba y me dolía, pero todavía no había terminado. Había algo ahí dentro que me estaba provocando ese dolor y que había rasgado mi boca. Seguí hurgando en la llaga hasta que con mi dedo noté algo, era esa cosa dura. Tiré de ella con firmeza y a la vez con cuidado. Estaba manchando de sangre las mantas con las que mi padre me había tapado y no quería causar más estropicio. Al fin sostuve aquello, tiré y salió de mi boca. Lo dejé rodar hasta la palma de mi mano, dejando un fino rastro de sangre. Era una piedra. Una piedra pequeña, pero afilada. Instintivamente toqué la herida de la boca con la lengua y seguía húmeda, seguía notando el sabor a sangre, pero no daba la sensación de ir a más, se estaba cerrando.

Mientras mi hermana y mi padre discutían entré en la casa. Aquel suceso tan extraño había sido un bueno motivo para volver a entrar. Me encerré en el baño y me examiné frente al espejo. Aún había sangre en mi boca, pero la herida no parecía muy grande. Me enjuagué e hice gárgaras con agua. En el lavabo quedaron manchas alargadas de sangre que limpié enseguida. Desde el otro lado de la puerta mi padre preguntaba si estaba bien. Escuché otra puerta cerrarse con fuerza, por lo que Ann habría aprovechado la situación para volver a entrar en su cuarto.

—Estoy bien, papá —mentí. No quería contarle lo ocurrido.



—Cariño, ¿vas a quedarte en casa? —Preguntó mi padre casi en una súplica.

Me miré al espejo y me vi demacrada. Estaba pálida, ojerosa y ahora, con una tremenda llaga en la boca que había provocado una piedra. Lo cierto es que ansiaba mi cama. Respondí afirmativamente y escuché como mi padre susurraba un gracias.

Una piedra. ¿Qué me estaba pasando? No me la había tragado, era imposible, lo recordaría. Además de que no estaba en mi boca, estaba bajo la piel. Unos días después la llaga se había curado y decidí no pensar más en ello. Me había concentrado en mi recuperación y no había vuelto a subirme la fiebre. Me encontraba mejor.

Volví a mis clases con normalidad. Para mi sorpresa mis compañeros me habían echado en falta y estaban preocupados por mi estado. Empezaron a interesarse por mí y yo por ellos, así que olvidé que tiempo atrás nos habíamos ignorado y empecé a pasar más tiempo con ellos. Hice muy buena amistad con una chica y de vez en cuando la invitaba a casa para hacer los deberes. Temía los momentos en los que mi padre se ausentaba de casa, porque sabía que George aparecería por allí, así que invitaba a mi nueva amiga o incluso mi padre me llevaba a su casa. Elaine se llamaba ella. Tenía el pelo rubio oscuro y los ojos verdes. De un verde muy bonito.

Una tarde que Elaine vino a casa, mientras hacíamos los deberes, descubrí que Ann y George habían salido al jardín. Creo que era la primera vez que estaban en casa y no estaban encerrados en la habitación. No recordaba haber visto jamás que la luz del sol tocara a George, tampoco en el colegio, pues siempre se quedaban en los pasillos. Ese día estaba nublado.

Elaine se convirtió en mi mejor amiga y me hizo olvidar lo mal que lo había pasado en los últimos meses. Encontramos la una en la otra la confianza que había perdido con mi hermana.

—Es guapo el novio de tu hermana —comentó un día mientras hacíamos una pausa con los deberes.

—Es un monstruo —murmuré.

—Me parece guapo, eso es verdad, pero no digo que no lo sea.

—¿El qué? —Pregunté confundida.

—Un monstruo.

Nos quedamos en silencio y la miré fijamente a los ojos. ¿Sabría ella algo que yo desconocía?

—¿Qué quieres decir?

—No es un buen chico. Lo he visto antes con otras chicas del colegio y nunca ha acabado bien.

—¿Cómo sabes eso? ¿Y como es que yo no sabía nada?

—Julie, no te enfades, pero tú antes no hablabas mucho. No te conocíamos, siempre estabas con tu hermana. A veces, en los grupitos hablábamos de estas cosas, pero tú no venías con nosotros y no teníamos confianza para hablar contigo.

—Ya, eso es verdad —comprendí afligida—. ¿Y cómo lo sabes tú?

—Bueno, la gente habla, al principio pensábamos que solo eran rumores. Es guapo y creímos que otros chicos le tendrían envidia. Pero lo escuchamos de varias personas.

—¿Qué es lo que se decía de él? —Pregunté con interés y a la vez miedo por la respuesta.

—En mi opinión, exageraciones, pero creo que algo de verdad tienen. La gente decía que era como un brujo, hipnotizaba a las chicas para acostarse con ellas y propagar el mal.

—Pero eso no suena creíble, parece el argumento de una peli.

—Por eso te digo que me parece exagerado. Pero sí que creo que hipnotiza a las chicas, de alguna manera. Sé de una a la que le pasó algo parecido a tu hermana: antes tenía amigos y una vida normal y a raíz de conocerle se alejó de todos ellos, solo tenía tiempo para George.

—Está claro que la tiene hipnotizada —comenté—. Yo no me fío de él. Una vez me hizo daño.

Le conté brevemente lo que había sucedido tiempo atrás y ella me

miraba con los ojos muy abiertos, sorprendida.

—¿Lo sabe tu padre?

—No. No quise darle más disgustos. Se lo conté a Ann, pero no me creyó.

—Julie, esto es serio. No voy a venir más a hacer los deberes aquí contigo, le diremos a tu padre que te traiga a mi casa. Si hace falta le pediré a mi madre que nos acompañe, pero no quiero que te quedes aquí sola.

Se me humedecieron los ojos ante el cariño y la preocupación que Elaine estaba demostrando hacia mí. Ella se acercó y me abrazó con fuerza. Lloré en silencio sobre su hombro.

\*

—¿Sigues teniendo contacto con Elaine? —Preguntó la Dra. Malboine.

—Sí —respondió Julie entre lágrimas—. Es mi ángel de la guarda.

La doctora hizo una mueca parecida a una tímida sonrisa y se volvieron a quedar en silencio. Le dio tiempo para que retomara el relato cuando quisiera.

\*

Me sentía tranquila y feliz con Elaine. A partir de entonces era yo la que iba a su casa, o bien mi padre o bien su madre nos llevaban y traían de una casa a otra. Ya no solo quedábamos para hacer los deberes, salíamos a la calle, íbamos al cine, nos juntábamos con el grupo del colegio y lo pasábamos bien. Me reía y disfrutaba de la vida como una adolescente. Recuperé el color de mis mejillas. Estar con Elaine me limpiaba el alma. Mi padre lo notaba y yo también le contaba lo bien que me sentía ahora. Él sonreía al verme tan contenta.

Ya no hablaba con Ann, nos habíamos convertido en dos desconoci-

das, dos compañeras de piso que no tienen nada en común aunque comparten el baño y la cocina. George seguía por allí, pudriendo el alma de mi hermana. Pero no podíamos hacerla entrar en razón. Yo había desistido desde que la luz había vuelto a mi corazón, no quería que ni ella ni George la ensuciaran. Mi padre no se rendía.

La tristeza me invadió cuando Elaine me contó que debía irse con sus padres durante dos semanas al pueblo. Ella había intentado que me llevaran con ellos, había argumentado a sus padres que lo pasaríamos bien y que así no se aburriría. Ella no tenía hermanos. Mi padre dio su autorización, pero al parecer el problema venía de la familia de la abuela de Elaine. La visita era algo así como obligada y no querían incomodar a la familia. No quise insistir para no crear una molestia innecesaria. Con todo el dolor de mi corazón nos despedimos. Dos semanas no era mucho tiempo, pero volvía a pasar más tiempo en casa. Durante ese tiempo ocupé mis pensamientos en los deberes y en el jardín. La hortensia que mi padre me había regalado estaba preciosa, tenía unos pétalos amarillos preciosos.

\*

—Antes habías dicho que eran azules —interrumpió la Dra. Malboine.

—¿Qué?

—Los pétalos de la hortensia —explicó—. Dijiste que eran de color azul.

—Azul... Amarillo... ¿Qué más da?

Julie continuó.

\*

La vuelta a mi casa me estaba afectando negativamente. Yo ni hablaba con mi hermana ni con su novio, pero la simple presencia de él me molestaba, me generaba ansiedad y malestar. Echaba de menos a Elaine, su sonrisa, sus ojos, su compañía. La echaba mucho de menos.

Volvió a salirme una piedra de la boca. Esta vez la noté de madrugada, el dolor me despertó y descubrí que la sangre había manchado mi pijama y la almohada. La herida estaba en la otra mejilla, por la que salió la anterior estaba intacta. ¿Qué significaba eso? ¿Sería el odio? ¿La rabia? Ese mal, ese dolor que inundaba mi alma cuando volvía a mi casa, cuando George estaba cerca. Era un monstruo de verdad, convertía mis huesos, mis dientes, mi alma en piedra.

Me enfrenté al espejo y comprobé que no me faltaba ningún diente, tampoco los tenía picados. La piedra había vuelto a salir de debajo de la piel. ¿Qué estaba pasando?

Eso volvió a pasarme cada noche que pasé en mi casa durante la ausencia de Elaine. El dolor me despertaba y la desesperación me poseía. No entendía qué estaba pasando, no podía hablar con nadie, no quería contarle nada a nadie salvo a Elaine. Y no podía.

La noche siguiente me desperté con un fuerte dolor en el ojo derecho, me dolía tanto que no podía abrirlo. Me dolía hasta llorar, sentía una presión que me hacía imaginar cosas horribles. Pensé que el ojo se me iba a salir. Me quedé frente al espejo y me acerqué a mi reflejo, descubrí un bulto junto al pómulo. No podía ser, no, no podía ser. Pero no tenía otra explicación. Me había crecido otra piedra. ¿Cómo era posible? ¿De dónde salían? Me sentía impotente, rabiosa y asustada. No podía permitir que la piedra fluyese hasta el ojo para extraerla por el lagrimal, si era tan puntiaguda como las demás me lo rayaría de lado a lado. Me miré a mí misma a los ojos, a esa chica que volvía a ser pálida, salvo por el color rojizo del bulto que había crecido en mi cara. Tenía que sacarlo. Con el ojo herido cerrado, rebusqué en los cajones del baño, tratando de encontrar unas pinzas, una cuchilla o algo similar. Entre mi ojo y la penumbra, pues no quería encender la luz para no despertar a nadie, me costó encontrar unas cuchillas de mi padre. Cogí una, la lavé y desinfecté y la sostuve entre los dedos un segundo, pensando en lo que iba a hacer. Acerqué la cuchilla a la mejilla y subí lentamente a la altura del ojo. Era una locura, si se

me iba la mano podía rebanarme el ojo. Respiré hondo durante un rato, con el ojo derecho entornado por el dolor. Tomé la decisión sin pensarlo ni un minuto más. Presioné la cuchilla contra la piel y apreté suavemente. Era incómodo, pero no cortante, por lo que eso no servía de nada. Apreté hasta llorar del dolor, mis lágrimas se tornaron rojas por la sangre, el bulto parecía que se movía al separar la piel, pero intentaba mantenerlo cerca de la herida que estaba abriendo.

Mi padre entró sobresaltado al baño y me encontró en esa situación. Sin darme cuenta me había puesto a gritar y le había alertado.

—¿Qué estás haciendo? —Gritó. Yo me giré y le miré con la cara ensangrentada.

—Llama a Elaine. Por favor, dile que venga —supliqué entre sollozos.

Me hizo caso. No sé cómo lo hizo, pero logró contactar con los padres de Elaine y convencerlos de que la trajeran a casa. Yo sentía que me estaba volviendo loca. Mi padre volvió al baño y me quitó la cuchilla de la mano, me lavó las manos y la cara y me cubrió la herida torpemente con unas vendas. No había conseguido sacarme la piedra. Me suplicó que le contara lo que me pasaba y eso hice. Volvió a hacerme caso, me creyó. Y se quedó conmigo toda la noche, hasta que Elaine llegó a la mañana siguiente.

—Siento haberme ido, Julie —fue lo primero que dijo nada más verme. Me abrazó tan fuerte que casi empecé a sentir paz de nuevo—. ¿Qué te ha pasado?

Miré a mi padre y entendió que quería que nos dejara a solas. Cuando se marchó me quitó la venda de la cara y le enseñé la herida a Elaine.

—¿Qué tienes ahí?

—Es una piedra. Me ha crecido cerca del ojo... Quería sacarla. No es la primera vez. Me he sacado otras de la boca —Elaine no parecía extrañada. Me examinó la herida y el bulto y lo tocó con suavidad. Solté un quejido y apartó la mano.

—No es una piedra. Aparentemente sí, pero no lo es.

—¿Qué es? ¿Y cómo lo sabes?

—Es el mal. Lo llevas dentro, pero no puede aferrarse a ti, porque eres buena, Julie. Lo intenta, pero tu cuerpo lo está expulsando.

—¿Qué estás diciendo? —Pregunté totalmente intrigada, asustada y abatida al mismo tiempo. También sentí cierto alivio al saber que no me había equivocado con mis descabelladas conjeturas y además Elaine sabía de lo que hablaba.

—Cuando te dije que George no era un buen chico, lo dije de verdad. Ahora sé que George es un demonio, Julie. No es muy poderoso, pero sí lo suficiente como para influir en tu hermana y en otras chicas como ella. Tú eres buena, pero tu hermana es débil y ha sucumbido.

—¿Por qué tengo yo el mal dentro? ¿Qué pasa con Ann? ¿Podemos ayudarla? ¿Puedes tú?

—De momento puedo ayudarte a ti.

Puso otra vez sus dedos sobre el bulto de mi cara, volví a quejarme, pero enseguida sentí la paz que Elaine transmitía. Me pidió que cerrara los ojos y no me moviera. Así lo hice y noté cómo la piedra se hacía más pequeña. Elaine tenía ese poder. Distinguí una luz, un resplandor que desprendía y que me curaba. Ella estaba hecha de luz, la luz de paz que siempre sentía cuando estaba a su lado. Desplazó la piedra hasta el lagrimal y la lloré. Cuando rodó por mi cara no era más que polvo. Con delicadeza deslizó su pulgar por mi cara y limpió los restos de sangre y lágrimas. Me cerró la herida que yo misma me había hecho, pero no pudo evitar esta cicatriz.

Todavía tenía los ojos cerrados cuando sentí sus labios contra los míos. Me dio un beso con la misma delicadeza con la que me había curado y había deshecho los restos de mi locura en mi rostro. Fue mi primer beso. Fue lo más bonito que había sentido en mi vida. Se separó de mí y abrí los ojos. Nos quedamos mirándonos la una a la otra.

—Julie... Soy tu ángel de la guarda. No me había dado cuenta hasta ahora. Sentí que algo no iba bien cuando me marché, pero no sabía qué era. ¿Cómo podía saberlo? Siempre había tenido este don, pero nunca lo había usado. Si tu quieres me quedaré siempre a tu lado.

Yo había enmudecido, así que solamente pude asentir.

—No me habría intentado sacar un ojo si hubiera sabido que podías hacer estas cosas —bromeé. Ella sonrió—. ¿Podemos hacer algo por Ann?

—George es un demonio. Has visto lo que yo puedo hacer. Lo que él hace es todo lo contrario, roba la esencia de las buenas personas para hacerse más fuerte. Tu hermana es buena persona, por eso fue a por ella. Tú también lo eres y ha intentado corromperte. Las piedras que te salían de la boca o de los ojos no eran más que tu cuerpo resistiéndose al mal, sacándolo de ti.

—¿Y qué pasa con mi hermana? —repetí.

—Podemos ayudar a tu hermana, pero para eso tengo que matar a George.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Solo matándole podré romper la influencia que tiene sobre tu hermana y la que haya tenido sobre otras personas.

Creí todo lo que me contó Elaine. Después de todo lo que había pasado no tenía ninguna duda. La idea de matar a George no me escandalizaba, ni me sorprendía. Lo hizo más el hecho de que me resultara indiferente. Ese demonio tenía que desaparecer de nuestras vidas, solo podía pensar en Ann.

—Haz lo que sea. Pero mi hermana no debe enterarse. Deberá creer otra cosa. Yo tampoco quiero saber los detalles.

Elaine asintió y no volvimos a hablar del tema hasta que George había salido de nuestras vidas. No quería saber cómo se deshizo de él. Imagino que los ángeles tendrían sus propios métodos. Hizo creer a mi hermana que rompían su relación y que no se volverían a ver. Sabía que sería difícil de asumir para ella, así que le dejé espacio antes de intentar una reconciliación. Sabía que eso también sería difícil porque tenía que purificarse, tenía que desaparecer el efecto que el demonio había dejado en ella.



Una tarde que Elaine estaba conmigo en casa vimos que Ann estaba en el jardín podando los árboles. Estaba seria y pálida, concentrada. Quizá el jardín era ahora su vía de escape, como lo había sido para mí tiempo atrás. Miré a Elaine buscando su aprobación y ella asintió. Era un buen momento para salir a hablar con Ann.

—¿Crees que se le habrán pasado ya los efectos del demonio? —Dudé. Recordé la última vez que había intentado hablar con ella.

—Es pronto para que esté totalmente limpia. Cuando acabé con él descubrí todo lo que le había hecho. Pero es bueno que estés a su lado, eso la reconfortará.

Respiré hondo y asentí. Elaine tenía razón y me sentía afortunada por tenerla a mi lado. Desde que me diera aquel beso mi sentimientos por ella se habían vuelto más intensos. La quería muchísimo, pero todavía no me había atrevido a lanzarme y besarla. Antes de salir de la habitación le di un abrazo.

Sin embargo, cuando llegué al jardín Ann ya no estaba podando los árboles. La encontré tumbada en la hierba, se había podado a sí misma. Tenía las piernas y los brazos llenos de profundos cortes, allá donde se había podido herir a sí misma. Los hombros, el cuello... De las heridas manaban ríos verdes por los que se escapaba su vida. Y estaba tumbada sobre una hierba roja como la sangre. De lo más profundo de mi ser salió un grito de dolor y angustia que asustó a Elaine. Vino corriendo a buscarme y me sostuvo para evitar que cayera al suelo desmayada.

\*

—No lo superó —dijo Julie entre sollozos—. Elaine acabó con el demonio, pero él se llevó consigo a Ann.

—¿Por qué hablabas de la sangre verde y la hierba roja? —Preguntó la Dra. Malboine. Julie levantó la vista y volvió a centrarse en sus ojos, como al principio de la sesión. Le extrañó que fuera esa la pregunta más interesante que podía hacerle.

—Daltonismo selectivo. Al parecer, tras una situación de estrés mi mente altera el color de las cosas. No sé si habría sido más impactante ver la sangre de mi hermana de su color en lugar de todo el jardín, como si la hierba la hubiera absorbido.

Se quedaron en silencio un instante. La doctora miró el reloj, aun quedaban unos minutos de sesión.

—¿Viene Elaine a buscarte?

—Sí.

—¿Cómo es vuestra relación?

—Somos pareja, nos protegemos la una a la otra. ¿Qué importa eso? Le he contado mi historia. ¿No tiene nada que decir?

—Julie... —Murmuró la doctora. Por primera vez se levantó, dejó las fichas sobre el sillón y lentamente se dirigió hacia ella. Tenía sus ojos fijos en los suyos, tras esas gafas color salmón. Nunca le había gustado el pescado.

La Dra. Malboine estiró su brazo derecho, con la mano abierta en dirección a su cuello.

Inesperadamente, la puerta de la consulta se abrió y apareció Elaine. Estiró su brazo y lo dirigió a la doctora, que giró rápidamente la cabeza y la miró sorprendida, intuyendo el final de la sesión. De la mano de Elaine salió una brillante luz blanca que impactó sobre el cuerpo de la doctora, haciéndola caer al suelo, inerte. Julie se quedó paralizada en el sofá. Elaine entró en la sala y lanzó el golpe definitivo. El cuerpo de la doctora se hizo piedra y después, añicos.

—Un demonio —explicó el ángel mirando a Julie.

—¿Así es como lo haces? —Preguntó Julie.

—A veces. Bueno, uno menos danzando por el mundo.

—Era mi doctora —dijo Julie incrédula—. ¿Por eso insististe en que viniera a verla?

—Podría ser cualquiera, pero tú tienes algo especial, Julie. Por alguna razón se acercan a ti, los atraes. Y yo puedo destruirlos. Hacemos un buen equipo.

Elaine le tendió la mano a Julie y salieron de la consulta.

—Julie, ¿estás bien? Si es que no puedo dejarte sola. . . —Dijo el ángel mientras le acariciaba el pelo.

—Sí. Es solo que no consigo acostumbrarme.

—Siempre te protegeré —aseguró Elaine—. Ahora que la he destruido vuelves a tener color en las mejillas. Estás guapísima.

Hacían un buen equipo. Enfrentarse a los demonios no era más que otra de las dificultades propias que traía consigo la vida.

## La autora

Irene Robles. La chica del espacio. Alicante, 1992. Traductora, correctora, escritora, autoeditora y exploradora de mundos. Ha escrito y autoeditado tres novelas: Último tren a la Tierra (2014), La noche perpetua (2015) y Piel metálica (2017), todas ellas de género sci-fi, fantasía y futurista. Ha sido seleccionada para la antología de relatos de ciencia ficción Alucinadas III con el cuento Realidad 10.4.2. Sus historias plantean posibles futuros, realidades alternativas, crean mundos y entornos espaciales con avances técnicos y destacan la interacción de humanos con otras formas de vida.

Este relato, Verde, es una incursión en un género distinto a la ciencia ficción.

Forma parte de la Junta Directiva de la Asociación Literaria y Cultural Escritores en su Tinta como Vicepresidenta, desde la que se fomenta la cultura literaria, la lectura y se promociona a autores independientes.

Contacto: [www.irenerobles-scifi.com](http://www.irenerobles-scifi.com)

Facebook: Irene Robles

Twitter: @U\_trenalaTierra